Notas de Elena G. de White

Lección 11
10 de Septiembre de 2011

"En espíritu y en verdad"

Sábado 3 de septiembre

El Maestro del cielo, que no era otro que el Hijo de Dios, vino a este mundo para revelar el carácter del Padre, para que se lo adorara en espíritu y en verdad. Cristo reveló a la gente que una estricta adherencia a las formas y las ceremonias no los salvaría, porque el reino de Dios es de naturaleza espiritual. Vino a sembrar la verdad en el mundo. Tenía las llaves de todos los tesoros de la sabiduría, y podía abrir puertas a la ciencia, y revelar caudales de conocimientos no.-descubiertos aún, si ello era esencial para la salvación. Les presentó una representación exactamente contraria a la que el enemigo había presentado acerca del carácter de Dios, buscando impresionar en las mentes de sus oyentes el amor paternal de Dios, quien de tal manera amó al mundo, "que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Cristo habló de la necesidad de orar, arrepentirse, confesar y abandonar el pecado. Les enseñó a ser honestos, pacientes, misericordiosos, compasivos, mostrando amor no solo por aquellos que los amaban sino por quienes los odiaban y los trataban con desprecio. De esa manera revelaba el carácter del Padre, quien es "misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad" (Éxodo 34:6). Los que aceptaban su enseñanza quedaban bajo el cuidado de los ángeles quienes eran enviados para iluminarlos y fortalecerlos a fin de que la verdad pudiera renovar y santificar el alma (***Fundamentals of Christian Education*, p. 177**).

Domingo 4 de septiembre:
El cántico de alabanza y adoración de María

La única esperanza de redención para nuestra especie caída está en Cristo; María podía hallar salvación únicamente por medio del Cordero de Dios. En sí misma, no poseía méritos. Su relación con Jesús no la colocaba en una relación espiritual con él diferente de la de cualquier otra alma humana. Así lo indicaron las palabras del Salvador. Él aclara la distinción que hay entre su relación con ella como Hijo del hombre y como Hijo de Dios. El vínculo de parentesco que había entre ellos no la ponía de ninguna manera en igualdad con él (***El Deseado de todas las gentes,* pp. 120, 121**).

Dios no estima el valor de nuestras ofrendas para su causa por la cantidad de dinero sino por la razón que las motiva. Es un servicio de corazón lo que las hace valiosas. Cuando la Majestad del cielo llegó como un niñito y le fue confiado a María, ella no tenía mucho que ofrecer por haber recibido un don tan precioso. Trajo dos tórtolas al altar, la ofrenda de los pobres; pero fue una ofrenda aceptable al Señor. No podía ofrecer grandes tesoros como los que los sabios de oriente pudieron traer al Hijo de Dios en Belén, pero no fue rechazada por haber traído una pequeña ofrenda. Lo que Dios miró fue su corazón y su amor, y eso hizo su ofrenda agradable. De la misma manera Dios aceptará nuestros dones, por pequeños que sean, si es lo mejor que podemos ofrecer y lo hacemos por amor a él (***Review and Herald,* 9 de diciembre, 1890**).

Cristo mostró el mayor respeto y amor por su madre. Aunque a menudo ella le hablaba para que actuara como lo hacían sus hermanos, él nunca le mostró falta de devoción. Ellos no podían obligarlo a cambiar sus hábitos de vida. Él sabía que no había nada de malo en dedicarse a contemplar las obras de Dios, ni en mostrar simpatía y ternura hacia los pobres, los sufrientes y los desafortunados, e incluso hacia los animales. María se había preocupado cuando los sacerdotes y dirigentes le hablaban acerca de las actitudes de Jesús, pero la paz volvió a su corazón cuando él le mostró que las Escrituras estaban de acuerdo con sus prácticas. En ocasiones, ella sentía que debía decidir entre Jesús y sus hermanos, los que no creían que él fuese un enviado de Dios. Pero ella creía que había suficientes manifestaciones de su carácter divino. Lo veía dedicando su vida a otros, y lo veía crecer "en sabiduría, y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Lucas 2:52) (***The Youth's Instructor,* 12 de diciembre, 1895**).

Lunes 5 de septiembre:
Adoración y servicio

[Se cita Lucas 4:5-8] La posesión del poder terrenal fue ofrecida a Cristo bajo la condición de que rindiera homenaje a Satanás. ¡Qué contraste entre la forma en que nuestro Salvador enfrentó esta prueba y la forma en que lo hacen los seres humanos! La esperanza de ganar riquezas o poder hace que estos últimos se rindan al dios de este mundo. El amor a las ganancias controla sus afectos, y lo que el enemigo no pudo hacer con el Redentor del mundo, lo puede obtener fácilmente con los seres humanos. Incluso algunos cuyos nombres están inscritos en los libros de la iglesia y tienen posiciones de responsabilidad como seguidores de Cristo, sacrificarán sus principios y su experiencia religiosa con tal de obtener los codiciados tesoros terrenales.

No hay razón para que alguien sea atrapado por los engaños del enemigo. Cristo ha triunfado en favor del ser humano y éste, bajo la dirección del Capitán de su salvación, también puede triunfar. El problema ocurre cuando alguien no se quiere someter a Cristo; abandona las líneas de lucha del príncipe Emanuel y se pasa a las líneas del enemigo. Dedica todas sus fuerzas para adquirir riquezas o algún otro tesoro terrenal, y adora otros dioses en lugar del Señor de las huestes (***Signs of the Times,*** **12 de enero, 1891**).

Los ojos de Jesús se posaron por un momento sobre la gloria presentada delante de él, pero se apartó y rehusó contemplar el fascinador espectáculo. No estaba dispuesto a poner en peligro su firme integridad entreteniéndose con el tentador. Cuando Satanás le requirió un homenaje, fue despertada la indignación divina de Cristo, y no pudo tolerar más la blasfema pretensión de Satanás, ni aun permitir que permaneciera en su presencia. Aquí Cristo usó de su autoridad divina y le ordenó a Satanás que desistiera. "Vete Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (Mateo 4:10). En su orgullo y arrogancia, Satanás había declarado que era el legítimo y permanente gobernante del mundo y el poseedor de todas sus riquezas y gloria, pretendiendo el homenaje de todos los que vivían en él, como si hubiera creado el mundo y todas las cosas que hay en él. Dijo a Cristo: "A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy" (Lucas 4:6). Se esforzó por hacer un pacto especial con Cristo, entregándole inmediatamente todo lo que pretendía como suyo, si él lo adoraba.

Este insulto al Creador movió la indignación del Hijo de Dios e hizo que reprochara y despidiera a Satanás. Satanás se había engañado a sí mismo en su primera tentación pensando que había ocultado tan bien su verdadero carácter y propósitos, que Cristo no lo reconoció como al jefe rebelde caído a quien había vencido y expulsado del cielo. Las palabras con que Cristo lo rechazó: "Vete, Satanás", ponían de manifiesto que había sido conocido desde el principio y que todas sus engañosas artes no habían tenido éxito en el Hijo de Dios. Satanás sabía que si Jesús moría por redimir al hombre, su poder debía terminar después de un tiempo, y que sería destruido. Por lo tanto, si era posible, fue su plan estudiado evitar que se completara la gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si fracasaba el plan de la redención del hombre, retendría el reino que entonces pretendía. Y si tenía éxito, se lisonjeaba con la idea de que reinaría en oposición al Dios del cielo. Satanás se regocijó cuando Jesús dejó el cielo abandonando allí su poder y gloria. Pensó que el Hijo de Dios quedaba colocado en su poder. Había tenido un éxito tan fácil la tentación de la santa pareja en el Edén, que él esperó que podría vencer aun al Hijo de Dios con su astucia y poder satánicos, y que así salvaría su vida y su reino. Si podía inducir a Cristo a apartarse de la voluntad de su Padre como lo había hecho al tentar a Adán y Eva, entonces habría logrado su propósito (***Mensajes selectos,* tomo 1, pp. 336-338**).

Martes 6 de septiembre:
Adorar lo que no sabes

Él deseaba elevar los pensamientos de su oyente por encima de cuanto se refería a formas, ceremonias y cuestiones controvertidas. "La hora viene —dijo él— y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Aquí se declara la misma verdad que Jesús había revelado a Nicodemo cuando dijo: "A menos que el hombre naciere de lo alto, no puede ver el reino de Dios". Los hombres no se ponen en comunión con el cielo visitando una montaña santa o un templo sagrado. La religión no ha de limitarse a las formas o ceremonias externas. La religión que proviene de Dios es la única que conducirá a Dios. A fin de servirle debidamente, debemos nacer del Espíritu divino. Esto purificará el corazón y renovará la mente, dándonos una nueva capacidad para conocer y amar a Dios. Nos inspirará una obediencia voluntaria a todos sus requerimientos. Tal es el

verdadero culto. Es el fruto de la obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu es formulada toda oración sincera, y una oración tal es aceptable para Dios. Siempre que un alma anhela a Dios, se manifiesta la obra del Espíritu, y Dios se revelará a esa alma. Él busca adoradores tales. Espera para recibirlos y hacerlos sus hijos e hijas (***El Deseado de todas las gentes*, pp. 159, 160**).

El formalismo y la ceremonia no constituyen el reino de Dios. Las ceremonias se multiplican y se tornan extravagantes mientras se pierden los principios vitales del reino de Dios. Pero Dios no requiere el formalismo ni las ceremonias. El anhela recibir de su viña frutos en términos de santidad y abnegación, obras de bondad, misericordia y verdad. La ropa suntuosa, los cantos elaborados y la música instrumental, en la iglesia, no invitan a los cantos del coro de ángeles. Estas cosas, a la vista de Dios son como las ramas de la higuera que no tenían nada más que hojas ostentosas. Cristo busca frutos y principios manifestados en bondad, simpatía y amor. Estos son los principios del cielo, y cuando se manifiestan en las vidas humanas podemos saber que Cristo ha sido formado en el interior como la esperanza de gloria. Una congregación puede ser la más pobre de la zona, sin música ni lucimiento exterior, pero si posee estos principios, los miembros pueden cantar, porque el gozo de Cristo está en sus almas y pueden ofrecer esto como una suave ofrenda a Dios (***El evangelismo*, pp. 372, 373**).

La iglesia de Dios en la tierra es una con la iglesia de Dios en el cielo. Los creyentes de la tierra y los seres del cielo que nunca han caído constituyen una sola iglesia. Todo ser celestial está interesado en las asambleas de los santos que en la tierra se congregan para adorar a Dios. En el atrio interior del cielo escuchan el testimonio que dan los testigos de Cristo en el atrio exterior de la tierra, y las alabanzas de los adoradores de este mundo hallan su complemento en la antífona celestial, y el loor y el regocijo repercuten por todos los atrios celestiales porque Cristo no murió en vano por los caídos hijos de Adán. Mientras que los ángeles beben en el manantial principal, los santos de la tierra beben los raudales puros que fluyen del trono y alegran la ciudad de nuestro Dios. ¡Ojalá que todos pudiesen comprender cuán cerca está el cielo de la tierra! Aun cuando los hijos nacidos en la tierra no lo saben, tienen ángeles de luz por compañeros. Un testigo silencioso vela sobre toda alma, tratando de atraerla a Cristo (***Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 32**).

Miércoles 7 de septiembre:
Los verdaderos adoradores

La samaritana dijo a Cristo "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". Jesús le respondió: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:20-24). El Dios de infinita santidad no acepta un servicio externo que no vaya acompañado del espíritu; los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad, o su culto será sin valor; sus pretensiones serán en vano porque Dios no tiene parte en formas y ceremonias.

Estas palabras siguen resonando. Contienen una verdad universal que es luz para los que creen y condenación para los que no creen. Es verdad que fueron dirigidas especialmente para la nación judía porque sus servicios religiosos se habían transformado de un culto espiritual a un mero formalismo. "En vano me honran —dijo Cristo— enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres" (Mateo 15:9). Pero esos orgullosos amantes del placer estaban tan dedicados a sus ambiciones y deseos, que no prestaban atención a las palabras del gran Maestro. Él no los animaba a realizar sus proyectos terrenales ni los alababa por su ingeniosidad; por eso sus palabras no eran agradables para los que vivían en la mundanalidad (***Review and Herald,* 18 de mayo, 1897**).

Jesús hablaba como alguien que tenía conocimiento y autoridad. Sus denuncias contra los judíos condenaban su formalismo e hipocresía. Y sus reproches y críticas a un culto formal tienen la misma fuerza hoy que cuando las expresó a los escribas y fariseos. Se aplican a todos los que tienen apariencia de piedad pero niegan la eficacia de ella... Si no hay realidad en los servicios religiosos, éstos son simplemente pretensiones abominables. Jesús trataba con ternura a los pobres, los oprimidos, los afligidos y desanimados, pero reprochaba con firmeza a los sacerdotes y maestros religiosos porque con su formalismo e hipocresía destruían los delicados pastos y las fuentes de agua viva. Sus falsos preceptos confundían el entendimiento y hacían oscuro lo que era claro. Por su dureza de corazón, su impureza, orgullo y egoísmo, representaban mal a Dios y lo querían hacer como uno de ellos.

Su imaginación estaba oscurecida y contaminada por sus obras degradadas y no estaban en condiciones de discernir lo que pertenecía al reino espiritual de Cristo. Al rechazar y resistir los mensajes de misericordia traídos por el Señor de la luz y la gloria, se hicieron culpables. Tenían suficientes evidencias del divino carácter de Cristo y su misión. El pedir más evidencias solo incrementaba su culpa. Pensando que eran sabios se hicieron necios. Así obran muchos en nuestros días, usando el intelecto que Dios les ha provisto para mezclar la falsedad con la verdad eterna (***Sabbath School Worker*, 1º de diciembre, 1894**).

Jueves 8 de septiembre:
Adorar a sus pies

Solo Cristo pudo representar a la Deidad. El que había estado en la presencia del Padre desde el principio, el que es la expresa imagen del Dios invisible, fue el único capaz de cumplir esta obra. Ninguna descripción verbal podía revelar a Dios ante el mundo. Dios mismo debía ser revelado a la humanidad mediante una vida de pureza, una vida de perfecta confianza y sumisión a la voluntad de Dios, una vida de humillación tal que habría rehuido aun el más encumbrado serafín del cielo. Nuestro Salvador revistió su humanidad con divinidad a fin de hacer esto. Empleó las facultades humanas, pues solo adoptándolas podía ser comprendido por la humanidad. Solo la humanidad podía alcanzar a la humanidad. Vivió el carácter de Dios en el cuerpo humano que Dios le había preparado. Bendijo al mundo viviendo en la carne humana la vida de Dios, mostrando así que tenía el poder para unir la humanidad con la divinidad (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 309, 310**).

En Cristo se reúne toda la gloria del Padre. En él está la plenitud de la Deidad corporalmente. El es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen misma de su persona. La gloria de los atributos de Dios se expresa en el carácter de Cristo. El evangelio es glorioso porque está constituido por la justicia de Cristo. El evangelio es Cristo desplegado, y Cristo es el evangelio encarnado. Cada pasaje de las Escrituras del Nuevo Testamento brilla con la luz de Cristo. Cada texto es un diamante tocado e iluminado por los rayos divinos.

No debemos ensalzar el evangelio, sino ensalzar a Cristo. No debemos rendir culto al evangelio, sino al Señor del evangelio. Cristo es por un lado una perfecta representación de Dios, y por el otro es un perfecto ejemplo de

humanidad sin pecado. En esta manera ha combinado la divinidad con la humanidad (***Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 919**).

Nunca antes había visto el mundo tal escena de triunfo. No se parecía en nada a la de los famosos conquistadores de la tierra. Ningún séquito de afligidos cautivos la caracterizaba como trofeo del valor real. Pero alrededor del Salvador estaban los gloriosos trofeos de sus obras de amor por los pecadores. Los cautivos que él había rescatado del poder de Satanás alababan a Dios por su liberación. Los ciegos a quienes había restaurado la vista abrían la marcha. Los mudos cuya lengua él había desatado voceaban las más sonoras alabanzas. Los cojos a quienes había sanado saltaban de gozo y eran los más activos en arrancar palmas para hacerlas ondear delante del Salvador. Las viudas y los huérfanos ensalzaban el nombre de Jesús por sus misericordiosas obras para con ellos. Los leprosos a quienes había limpiado extendían a su paso sus inmaculados vestidos y le saludaban Rey de gloria. Aquellos a quienes su voz había despertado del sueño de la muerte estaban en la multitud. Lázaro, cuyo cuerpo se había corrompido en el sepulcro, pero que ahora se gozaba en la fuerza de una gloriosa virilidad, guiaba a la bestia en la cual cabalgaba el Salvador.

Muchos fariseos eran testigos de la escena y, ardiendo de envidia y malicia, procuraron cambiar la corriente del sentimiento popular. Con toda su autoridad trataron de imponer silencio al pueblo; pero sus exhortaciones y amenazas no hacían sino acrecentar el entusiasmo (***El Deseado de todas las gentes*, pp. 526, 527**).

Viernes 9 de septiembre:
Para estudiar y meditar

***El Deseado de todas las gentes*, pp. 11-18.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática